



JUAN ANTONIO MALAVER RODRÍGUEZ

NACIDO EN SOGAMOSO (BOYACÁ), EN 1962. LICENCIADO EN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA LATINOAMERICANA DE LA UNIVERSIDAD DISTRITAL FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS, CON MAGÍSTER EN LITERATURA LATINOAMERICANA DE LA UNIVERSIDAD JAVERIANA. EN LA ACTUALIDAD SE DESEMPEÑA COMO DOCENTE EN EL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL. HA PUBLICADO EL LIBRO *EL OCTAVO DÍA*, GANADOR DEL PREMIO DE POESÍA, CEAB-ICBA, 1999, Y PARTICIPA EN LA ANTOLOGÍA *TIEMPO Y PALABRA*, UNIVERSIDAD DISTRITAL, 1997. OBTUVO EL PRIMER LUGAR EN EL CONCURSO NACIONAL DE POESÍA UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2001, CON EL LIBRO *MONÓLOGO DE LAS AUSENCIAS*. FINALISTA POR COLOMBIA EN EL CONCURSO DE CUENTO: LA FELGUERA, ESPAÑA, 1996.





Voces de un marginado¹

Soy un orador
cansado de hablar solo,
en mi cuarto la oscuridad se hace voces.

Mis palabras enmudecieron
al quedarse siempre en la pregunta.

En las soledades
voces de la calle son canto,
una sonrisa, una mirada,
son resurrección.

Soy uno y muchos,
aún me visto de humano
siendo un acallado espectro.

Hablo con los demás
sin decir una palabra,
las gentes
se volvieron hace tiempo
metafísicos transeúntes.



¹ Tomado de la antología *Tiempo y palabra*, Universidad Distrital, 1997.



El alma de los pájaros²

No le quité el alma
al pájaro que vuela
porque caerá al vacío
del vuelo sin sueños.

Antes de volar el pájaro,
trepó el amor en sus ojos,
llenó de sueños sus alas
y se entregó al silencio de las alturas.

Una gaita ocultó en su pico
y entre sus plumas se llevó la mirada de los solitarios..
Sacudió la tierra de su alma
y se elevó en su canto prendiendo sus ojos
en un silencio prisionero de cuatro puntos que lo ataban.

No le quité el alma al pájaro
que está hecho de silencio
y cuando vuela, sale en busca de palabras.



² Tomado del libro *Monólogo de las ausencias*, Premio Nacional de Poesía Universidad Externado de Colombia, 2001.



De los aproximados

Aproxímate a la ventana,
palpa el olor que se derrite en los cristales,
prepara los ojos,
hazlos soñadores en estos aromas hechos arrullos,
saborea el campo y sus adentros,
que como picaflores tersos penetran a los pétalos de la nariz.

Ven, presiente,
sueña las voces ocultas, las danzas milenarias,
los gritos abrazadores del condimento
que despierta la voraz hambre,
hambre que ha muerto de hambre una y otra vez
y resucita en la batalla de los manteles.

Sueña, prepara los labios,
alivia tu corazón con los suspiros del aroma,
que esta noche, tampoco comeremos.





Poesía de los grillos³

Los grillos corren tras el silencio
para gritarle,
conocen su profunda muerte,
le cantan a las sombras de sus damas,
se llenan el vientre de quietud
y se tiran al abismo de la noche con sus ojos de piloto.

Los grillos juegan a romperte los oídos a la oscuridad,
son almas que se enredan en su garganta
los gritos de las horas
y las vuelven ecos.

Los grillos son trovadores nocturnos,
lunáticos que rasgan sus ropajes
y se internan en los suspiros de sus damas.

Son pajarillos de la noche,
que saben mucho
de silencio.



³ Tomado del libro *El octavo día*, Premio de Poesía CEAB-ICBA, 1999.



Sobre los gritos

Los gritos son de color rojo,
tienen forma de rostro,
son un par de ojos vidriosos
que se quedan perdidos en un punto lejano.
los gritos son un espantapájaros en los ojos,
son algo que se rasga en las miradas.

Los gritos se quedan callados al mirarlos a los ojos,
se estiran por los campos, persiguen los oídos,
ya nada los detiene,
se trepan en los ojos de los grandes y los niños,
saben a silencio.

Van de pueblo en pueblo,
de noche en noche,
llevándose los ojos para cerrarles los párpados.

Son sordos puñales o son truenos venidos de los dedos.
Los gritos son dos maderos que se cruzan
para quien mira hacia otro lado.





INÉDITOS

Viajero sin patria

Para Juan José Malaver

Cómo olvidar tanta dicha en la ventana al verme
cabrían allí mil circos multicolores,
caballitos, leones y estrellas trapecistas en tardes de circo.

¡Ah! Si supieras, hijo,
cuántos montoncitos de nostalgia
he hecho y deshecho al compás de mis pasos.

¡Ah!, si supieras, hijo,
cuánta vergüenza siento al corromper tu risa
con mi rostro de viajero sin patria.
Y yo abajo mirándote,
resucitando con tu voz como Lázaro
lo que las miserables tardes de mí han sepultado.

En ese dios que surge entre las nubes de tus labios
y llena de resplandor ese gozo que atraviesa la ventana
estaré yo, un tejedor de sueños que te verá crecer
como la hermosa espuma de un río.





Una cuna

Habría que ver

por qué te enamoraste, padre,
de un desteñido sueño verde
en el que todos nos hicimos tristes.

La rabia del viento y los duraznos
batallaban en los tejados,
los bueyes
sepultaban silencios,
que al crecer se volvían preguntas de hombre
en la misma encrucijada verde.

¿En qué noche haría Dios ese lugar tan sombrío?
tantos árboles y casas y pájaros enfermos,
y tanta soledad en las miradas,
en las ventanas y en las puertas por las que no se marchaba nadie
—habían tantos arco iris en la paleta y sólo pudimos pintar unos gritos—.

Habría que ver de qué más sombras se llenó el alma,
en las pequeñas habitaciones de nuestra casa,
casa en las que todos nos hicimos tristes.





Felicidad

Felicidad el verde,
los suspiros de la clorofila,
la tarde estancada en las cosas,
el tambor del reloj que acorta tu distancia.

Felicidad cuando apareces y llenas mis ojos,
y calmas mi sed de vivir en tí como este aroma que me impregna
de cosas ocultas de un dulce tiempo
dormido en los panales de las horas.

Felicidad el verde
de tus ojos en medio de la lluvia,
felicidad el verde en este girar que me envuelve de música
y del olor de tu presencia.

Felicidad la tarde que me lleva entre sus pliegues
a las profundidades de tu carne.

Felicidad, pregúntale al viento
cuántas palabras han conjurado tu ausencia entre las hojas,
pregúntale al viento cuántas veces he suspirado en el verde tu presencia.

